

Las Recompensas de Dios

En el año 539 a.C. algo extraordinario ocurrió en uno de los grandiosos banquetes del rey Belsasar: “aparecieron los dedos de una mano de hombre, que escribía delante del candelero sobre lo encalado de la pared del palacio real”. Aterrado, el rey ofreció una gran recompensa a quien pudiera descifrar el mensaje. “Entonces Daniel respondió y dijo delante del rey: Tus dones sean para ti, y da tus *recompensas* a otros. Leeré la escritura al rey, y le daré la interpretación” (Dan. 5:4,17). ¿Deberían también los Cristianos rechazar las recompensas? Quizá algunos de nosotros vemos las recompensas como una especie de soborno, una motivación egoísta que amenaza con quitarle valor a una causa noble. Pero, ¿es esa la actitud correcta? Es claro que somos salvos por gracia y no como recompensa por nuestro buen comportamiento (Ef. 2:8-10). Pero, ¿qué si Dios ha decidido darnos recompensas dependiendo de cómo usted y yo vivimos en la tierra? ¿Es correcto o es ‘espiritual’ el ignorar dichas referencias Bíblicas acerca de las ‘recompensas’?

Las recompensas dan ánimo

El autor de la carta a los Hebreos recordó a sus lectores que su antepasado Moisés tuvo “por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el *galardón*”. Además, afirmó que si queremos agradar a Dios debemos tener en cuenta que “es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es *galardonador* de los que le buscan” (Heb. 11:6, 26). Esto es un verdadero estímulo. Las elecciones que usted y yo hacemos como Cristianos en la vida no son olvidadas, ¡tienen valor eterno! No es necesario compararnos con otros Cristianos. Tampoco debemos competir contra otros, porque “cada uno recibirá su *recompensa* conforme a su labor” (1Cor. 3:8). “De cierto os digo” dice el Señor Jesús, que incluso pequeños actos de bondad, como aquel que da un vaso de agua fría, “no perderá su *recompensa*” (Mat. 10:42).

Recompensas condicionales

Vale la pena advertir que a menudo las recompensas en la Biblia son condicionales. Por lo general, hay que hacer algo para recibir una recompensa: “Y cualquiera *que dé* a uno de estos pequeñitos un vaso de agua... no perderá

su *recompensa*” (Mat. 10:42). “Pues *si* anuncio el evangelio... *si* lo hago de buena voluntad, *recompensa* tendré” (1Cor. 9:16,17). “Porque, *si* amáis a los que os aman, ¿qué *recompensa* tendréis? (Mat. 5:46). Cuando servimos a Dios o a nuestro prójimo, debemos evitar el intentar impresionar a los demás, “*de otra manera*, no tendréis *recompensa* de vuestro Padre que está en los cielos”. En el servicio a Dios y a los demás, debemos seguir la guía del Señor y ser impulsados por el Espíritu Santo: “*Si* permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá *recompensa*” (1Cor. 3:14). Las recompensas del Señor me animan a servirle fielmente, aún cuando no veo los resultados de mis labores. También me motivan decidir servirle, a actuar en base a esa decisión, y a servirle con la actitud correcta.

Con la mirada en el futuro

Ya sea que le guste o no la idea de las recompensas, sabemos que éstas *serán* distribuidas. “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2Cor. 5:10). Nuestra más profunda y más alta motivación es agradar a Cristo – a quién debemos rendir cuentas al final. Para nosotros los Cristianos, el asunto del pecado ha sido totalmente tratado en la cruz del Calvario, así que el significado de “sea bueno o sea malo” debe referirse al valor relativo de las decisiones que tomamos en la vida. Vivamos sabiamente. Busquemos primero Su Reino. Invirtamos en lo que tiene valor eterno. Ciertamente, nuestro más grande gozo es el complacerle y un día encontrarnos frente a frente con el Señor. Como Él dijo a Abraham, “Yo soy tu escudo, y tu *galardón* será sobremanera grande” (Gén. 15:1). La mayoría de nosotros pasamos por esos días pesados y por esas noches largas y oscuras - en los que a veces sentimos la tentación de darnos por vencidos, de dejarnos arrastrar por la corriente secular. Si esa es su situación en estos momentos, mire hacia el futuro. “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande *galardón*” (Heb. 10:35). ¿Cuál *galardón*? ¿Qué es exactamente un “*galardón*” divino? ¡La anticipación me llena de gozo, y en cuanto a los detalles, estoy dispuesto a dejarme ser gratamente sorprendido!

Felipe Nunn
Eindhoven, Holanda – Agosto 2013
Traducción: Elizabeth León Millán
Fuente: www.philipnunn.com